

CUANDO LA TIERRA ERA UNA NARANJA

A Carmen Conde

ABUELA Pepa lo certificaba: que la tierra o mundo en que vivimos era talmente una naranja, flotando en la inmensidad de los espacios. Luego, con el paso de los años, perdidas la inocencia y la libertad de la niñez, caímos en la cuenta de que no, de que la tierra ya no era para nosotros, los pobrecitos hombres, precisamente una naranja. La idea, de veras sugestiva, de que la tierra llegase a resultar una naranja, y además achatada por los polos y abultada por el ecuador, nos fascinaba a los niños, que habíamos de solicitar de abuela Pepa la abundancia sobre el goloso tema, y abuela Pepa nos relataba entonces la historia de San Cristobalón, con su cayado que era una palmera, enteramente agobiado en su peregrinar por la tierra, porque sobre sus espaldas mantenía el peso del universo mundo, y es que abuela Pepa, con aquel aire, tan suyo, de reina enlutada y campesina, venía a resultar un pozo de ciencias y sabidurías, razón por la cual seguramente no quiso nunca cambiar, por cómodos funcionalismos de capital, su hermosa casona de labranza, grato fortín de ventanas cerradas y despensas abiertas.

Ahora que hace tantos años que abuela Pepa pasó a ser sólo un dulce recuerdo en el rescoldo de la memoria, pienso que aquél debió resultar un tiempo irrepetible en que podían ocurrir, y de hecho ocurrían, acaecimientos singulares, tales como escuchar auténticamente las pisadas de los Reyes Magos o descubrir los boyos que el peso de las benditas Animas modelaba



sobre nuestra cama, a la que, noche de Todos los Santos, bajaban a descansar, y digo que del saldo de los recuerdos de aquel tiempo me gusta hacer memoria de la matanza, víspera de la Purísima, y a las claras anda que no se trata de crimen más o menos espeluznante con destino a copla o cartelón de ciegos, sino simplemente de la muerte del cerdo, con perdón, solemnidad rumbosa que convocaba a parientes, amigos y moscones, llegando a limar, si las había que las había siempre, rencillas y asperezas.

—Que no se hable más: faltando tú a la fiesta, a ninguno nos luciría la matanza, conque pelillos a la mar y al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

La matanza nos reunía a toda la familia en la casona de abuela Pepa, y aseguro que llegaba a resultar un gozo para la vista la estampa del cerdo bien cebado, ajeno a su vecino drama, ramoneando bienaventuradamente en el patio y ofreciendo su visaje de chato barato, de veterano boxeador, de máscara de Solana disfrazada de cerdo, de hijo de Walt Disney, cuya firma, en una esquina de sus viñetas —no hay más que comprobarlo— acabada precisamente en grácil apéndice que, a saber por qué, mantenía siempre una intención de rabillo de cerdo, ese simpático rizo extremo, zarcillo fino, en que el cerdo termina.

Abuela Pepa lo repetía, como un rito, cada año:

—La carne del cerdo, hablando conmigo sola, siempre resulta más molluda y esponjosa si, siendo hembra, anda embarazada.

Con la entrada del matachín en la cocina, empezaba el festejo. La Sinda, la criada guapetona y lenguaraz de abuela Pepa, que siempre había de tener el chiste y la chanza a flor de lengua, adelantaba entonces, goteando leña, aquella mesa, mitad patíbulo, mitad catafalco, sobre cuya tabla, reluciente de puro limpia, se tendía al cerdo, ya atacado por la pataleta del que barrunta su propia muerte.

Como aquel cromo de la Historia Sagrada que tanto resquemor me proporcionaba y que era el de Abraham disponiéndose a clavar su puñalón en el blanco cuello de su hijo Isaac, el matachín levantaba de pronto su hermoso cuchillo antiguo. Quedábase el brazo, por un instante, monumentalizado en el aire, y ya desde ese momento todo era un ir y venir, excitante y nervioso, de lebrillos, orzas, calderos; un hermoso quirigay de sonidos de herramientas de carnicería, de lozas, de agua que hierve, de fuegos crepitantes... Todo envuelto en una onda de acre olor a especias, hierbas, cebollas, sangres coloradas...

—Que no somos nada —afirmaba, indefectiblemente, la Sinda.



Súbitamente, de la yugular abierta en la papada del cerdo, había comenzado a manar el caño vigoroso, bermejo y borbolloneante de la sangre, recogida con urgencia en un amplio lebrillo. Abuela Pepa la removía terciamente, amorosamente, por evitar su cuajo.

Parte de la sangre del cerdo se destinaba a la confección de las sabrosas morcillas, cocidas en caldera de cobre, y al menear su olorosa y humeante masa —cebolla picada, orégano, piñones...—, a la Sinda, curvada sobre las trébedes, se le alcanzaba el arranque, de una golosa blancura de alcanfor, de sus muslones macizos y redondos.

Abuela Pepa, a caballo, como siempre, entre el autoritarismo y la ternura, ordenaba, con el ademán de una antigua y grave ceremonia, el descuartizamiento del cerdo, afirmando sentenciosamente aquello de un año más o un año menos, según se mirase; y tras de ser apartadas para su futura cura en sal las lonjas de tocino y los perniles —jamones con el tiempo—, comenzaban las glorias del banquete, pantagruélico, según expresión de tío Daniel, tan soñador y ensimismado siempre, que aseguraban que iba para poeta, pero para lo que de verdad iba era para difunto, el pobre, pues una mañana, abuela Pepa lo descubrió desangrado sobre la cama, pálido y deslucido, mismamente como el Cristo difunto, el que sale, entre cirios y flores, Viernes Santo por la noche.

A lo que iba: en el fuego se derretían las grasas hasta obtener el apetitoso chicharrón; se asaban a la brasa las magras, limpiamente rebanadas a los rosados lomos, y se servía la poderosa "fritada", aliviada con el "ajo cañañil" y regada con los olorosos vinos del Plan, y a partir de este punto la fiesta alcanzaba sus momentos más álgidos, que se dice, muy mal dicho por cierto, pues no hay más que consultar el diccionario, y se echaban coplas, y se contaban chistes picantes ("Que hay papel blanco", advertía abuela Pepa, por nosotros, los niños), y se admitía la broma gruesa y la graciosa chirigota, ¡más risa!, como el año aquel en que doña Asunción, amiga de mi madre y maestra nacional, untó de hollín la cara del matachín y su ayudante, o aquel otro en que tío Daniel, tan serio y comedido, tan respetuoso con todos, en uno de aquellos irs y venires del patio a la cocina, le dio a la Sinda una palmada fenomenal en el culo, que lo ví por pura casualidad, sin que los demás lo advirtieran, y cuando creía yo que la Sinda iba a montar en cólera, se volvió complacidamente hacia tío Daniel, gachona y sonreidora, satisfecha, diciéndole: "¡Charrán, que es usted un charrán!", que no entendía yo bien lo que significaba y que, a saber por qué, me maliciaba debía resultar algo gordo.



Aquel, digo, era un tiempo ciertamente irreplicable, ahora difuminado en la memoria en vahos de una atmósfera inalcanzable, como en una de esas viejas fotografías en sepia, virada en telos de secreta nostalgia, y esto es lo raro: que, a sabiendas, desde hace muchos, muchísimos años, de que la tierra dejó de ser una naranja, uno continúe percibiendo de vez en cuando, sobre todo en determinados momentos de abatimiento o desazón, un excitante y poderoso aroma, como si, efectivamente, la tierra continuara siendo todavía una hermosa y fragante naranja verdadera.

